La Procesión del Corpus

ADA capital de España da un aspecto especial y distinto á la procesión del Corpus. Mientras en Sevilla, por ejemplo, toma el acto religioso la encantadora fisonomía de un alegre cuadro de género, y en Granada se reviste de hermoso color histórico, en Madrid adquiere todas las apariencias de un espectáculo, donde lo que menos importa es la unción religiosa, y lo más interesante es pasar un rato ameno, ya en la calle, ya colocado en un balcón, viendo el desfile de tropas, gente del pueblo, mujeres hermosas y atavios brillantes.

La flotante lona, tendida de balcón á balcón á lo largo de la calle, tiende una lista de sombra sobre los empedrados, y reserva á la muchedumbre del sofocante calor que baja de los cielos.

Á las tres de la tarde la calle está completamente llena de gente de toda laya y linaje; un hombre atraviesa buscando con ansia la acera; otro retrocede ante la presta llegada de un coche; aquél anda, codo en ristre, entre el mar humano, sin descubrir playa salvadora.

El honrado trabajador, que durante todo el año estuvo introduciendo la diaria moneda de cobre en la alcancía, donde lenta, pero incesantemente, sonaba como gota de agua en la cueva, ataviado con el traje que á duras penas pudo comprarse, atraviesa por la sombra del toldo conduciendo de la mano á su hijo pequeño, al cual sube en sus brazos cuando el bullicio aprieta, y se acompaña asimismo de su mujer, que durante todo el año tuvo la no menos admirable paciencia de no romper la alcancía.

Bajo la lona que sirve de escudo contra los rayos del sol, tan pronto avanza una hermosa mujer enseñando el gracioso rostro en medio del velo, como cruza un petimetre de cintura de avispa é irradiadores lentes; ya toma en breve cartera sus apuntes del natural un dibujante; ya divídese en dos *bandos* el pelotón de gente para dejar franco el paso á una caballería; tan á veces empieza á oirse el conato de una acalorada disputa, como se forman remolinos de gente, donde la asfixia pone mano de hierro en las gargantas.

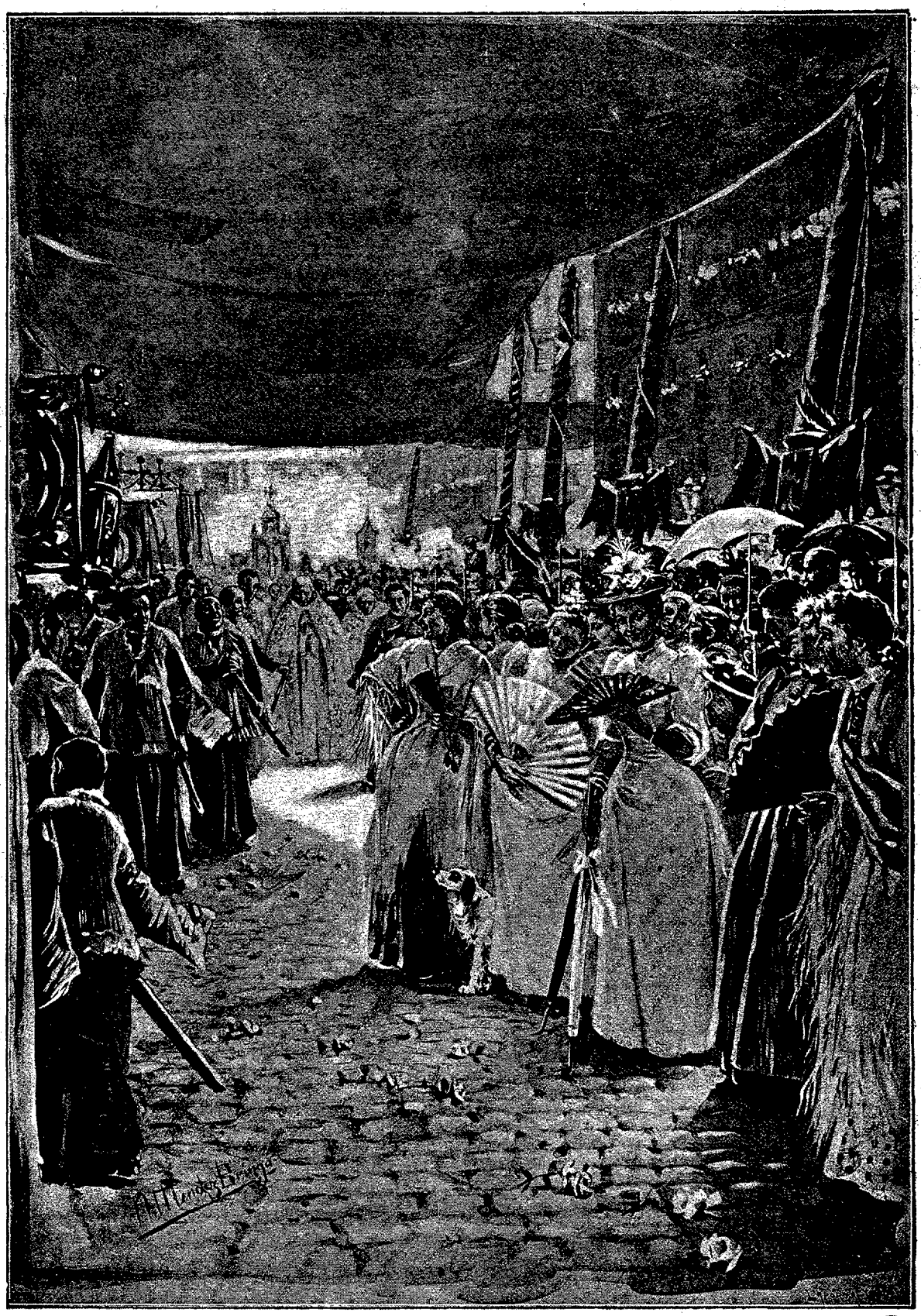
Gritos, risas, denuestos, requiebros echados al paso, se oye entre el monstruoso vaivén de ondas humanas.

De pronto aparecen, en el término distante, los cuatro vistosos caballos, montados por otros tantos guardias civiles, y un rumor de alegría pasa de boca en boca, y córre de balcón á balcón, y álzase la multitud sobre las puntas de los pies, inclínanse hacia adelante en sus asientos las figuras colocadas en los antepechos, y ocasiónase un general movimiento, que se traduce á los semblantes en forma de júbilo y entusiasmo.

—¡Ya viene, ya viene!—se oye en todas direcciones, y los ojos buscan los lejanos estandartes, las mangas de las parroquias y las primeras figuras de la procesión.

Después aparecen las comisiones, cuyos individuos visten de rigurosa etiqueta, y sobre lo negro del traje lucen la intachable pechera donde los diamantes hacen el papel de gotas de luz.

La armoniosa banda de música, echados sobre la espalda los galoneados sombreros, y clavando el pentágrama en ril de cada instrumento, marca el solemne paso de la procesión, y lanza sones gangosos de los clarinetes, notas profundas de los contrabajos, enmaraña con las sonoras flautas, y da fondo á la armonía con los golpes y los resplandecientes platillos



Ministros, empleados, particulares, prestan tono de severidad y orden al desfile.

Después que pasan figuras y figuras, adelanta la sagrada custodia, bajo la cual asoman las filas de pies de los hombres que la conducen.

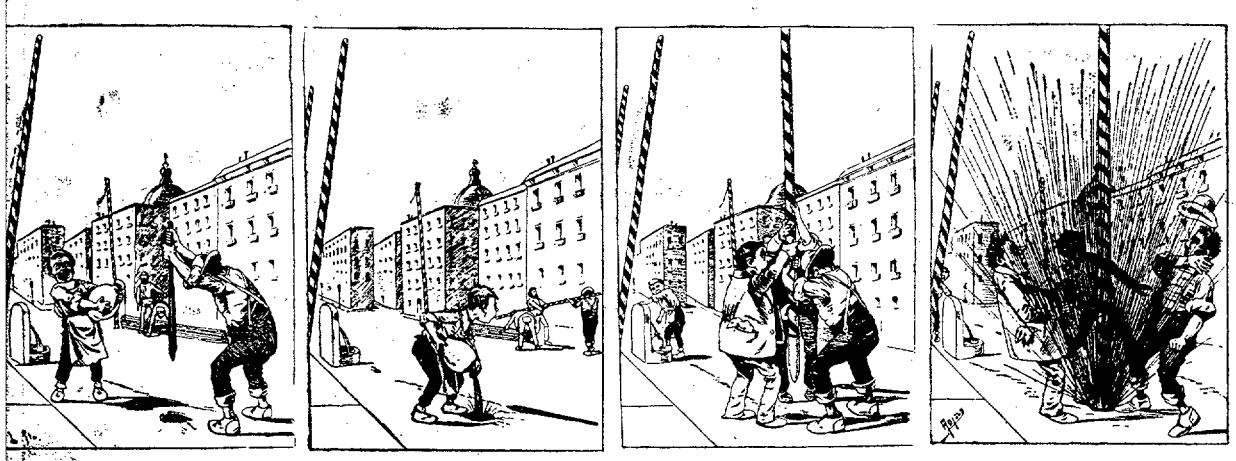
Al avanzar pausadamente, la muchedumbre se aprieta con trabajoso esfuerzo en las aceras, los hombres se descubren, las mujeres alzan en alto á sus hijos para que miren las andas de plata, y en los balcones se ven grupos arrodillados con las frentes inclinadas á tierra. Por fin, pasa la solemne Forma entre el restallar de las luces y el vibrar de las cadenillas metálicas.

Los incensarios se mecen en los aires, y golpean la sotana de los monaguillos; lanzan los violines plañideros acordes, y las campanas voltean, como locas, en las iglesias durante la marcha de la procesión.

Los racimos de uvas y las saludables espigas retiemblan á los movimientos de la Custodia, y oscilan sobre el lecho de flores que la gente arrojó sobre las andas.

Tendiéndose á lo largo de la calle, la vista disfruta del rarísimo escorzo de balcones y edificios, donde la sombra se alarga bajo las repisas, y las colgaduras forman una brillante fiesta de colores.

Á medida que desfila la procesión, óyense en todos los sitios las mismas exclamaciones, iguales muestras de admiración y de alegría. Y cerrando el majestuoso cuadro, y detrás del lujoso coche regio, avanza una ruidosa legión de húsares que levanta nutridísimo estruendo del empedrado, y parecen los jinetes, con los pechos cubiertos de cordones amarillos, un fantástico escuadrón de esqueletos de oro.....

SALVADOR RUEDA.

LOS PALOS DEL CORPUS, Ó LA FUENTE MÁGICA, POR ROJAS